



Tiempo de cuaresma: ayuno, oración y abstinencia ¿Para qué? Una reflexión que oriente nuestra caridad en el mundo de hoy

El Papa León y los migrantes

Autor: P. Juan Lydon OSA



Teniendo en cuenta que el Papa lleva apenas seis meses como sucesor de San Pedro, ¿en qué me baso para hacer mis comentarios sobre el Papa León y los migrantes? Me basaré en tres cosas.

La primera es que viví y trabajé con el actual Papa en Perú durante diez años, en la ciudad de Trujillo. Fue entre 1990 y 1999, unos años difíciles para Perú. Los primeros años coincidieron con el auge de los movimientos terroristas (Sendero Luminoso y MRTA). Los atentados con bombas, los asesinatos, los apagones, los toques de queda, etc., formaban parte de una pesadilla nacional que se saldó con más de 70, 000 muertos.

A esto le siguió un período de presidencia autoritaria, en el que se abolió el Congreso y se promulgó una nueva constitución, lo que dejó todo el poder del Gobierno en manos del presidente. Esto dio lugar a graves violaciones de los derechos humanos, como dice el viejo refrán: **«El poder**

corrompe, y el poder absoluto corrompe absolutamente».

Así, durante esos años, viví con el entonces padre Roberto Prevost, y esa experiencia es la base de mis reflexiones personales que voy a explicar aquí.

En segundo lugar, cuando fue nombrado cardenal, escribió el prefacio de un libro sobre la doctrina o enseñanza social católica que, en mi opinión, explica su perspectiva sobre esa importante tradición de la Iglesia que comenzó con su homónimo, el Papa León XIII. Adoptó ese nombre para vincularse a la tradición inaugurada por León XIII en 1891. León XIII fue el primer Papa en escribir un documento que reflexionaba directamente sobre un tema social y económico. Analizó los efectos de la revolución industrial y escribió *Rerum Novarum*, considerado el primer documento que conforma lo que se denomina doctrina social católica. Así pues, al elegir el nombre de León, el nuevo Papa se conecta con esa importante tradición de la Iglesia. Por lo tanto, la introducción a ese libro, que él mismo escribió, nos ofrece importantes pistas sobre su pensamiento en materia social.



Por último, tenemos su documento más reciente, publicado con motivo de la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado, que se celebró en el Año Jubilar la primera semana de octubre. Esta Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado fue iniciada por la Iglesia en 1914 como resultado de un gran movimiento de pueblos afectados por el estallido de la Primera Guerra Mundial. Por lo tanto, no se trata de una cuestión nueva. Contamos con más de 100 años de reflexión sobre el tema por parte de los Papas. Este tipo de mensajes suelen ser bastante breves, y el que acaba de emitir el nuevo Papa sigue este patrón. Sin embargo, hay varias ideas clave en el mensaje que ayudan a definir su perspectiva sobre los migrantes.

Por supuesto, en su exhortación apostólica *Dilexi te* tenemos otra fuente de reflexión sobre la cuestión de los migrantes, pero ese documento más extenso merece un tratamiento más amplio del que podemos darle aquí.

Comenzaré situando la enseñanza del Papa en un contexto más amplio, para luego examinar las ideas clave que se desprenden de ese documento y relacionarlas con la experiencia que viví con él en Perú.

¿Cuál es el contexto en el que el Papa nos ofrece una reflexión sobre el tema político candente de la migración? En el prólogo del libro que he mencionado, insiste en que la misión de la Iglesia la lleva a pronunciarse, desde principios morales, sobre problemas actuales y nuevos. En una observación extremadamente importante, dice: «Las cuestiones sociales, políticas o económicas son básicamente cuestiones morales. La Iglesia no pretende que los gobiernos dirijan a sus ciudadanos con una encíclica social, sino que sean capaces de abordar verdaderamente los problemas sociales como problemas morales y analizarlos con criterios y principios morales. Esta es la motivación de la Iglesia: crear conciencia moral, con criterios morales, con principios éticos auténticos».



Así pues, a partir de esta frase, vemos que no debemos buscar en la Iglesia un plan político concreto sobre la mejor manera de abordar la crisis migratoria, sino que busquemos una perspectiva moral que sirva de base para construir los planes políticos y las leyes concretas.

Otra perspectiva importante es la del diálogo. La Iglesia no puede retirarse del mundo. La dimensión vertical o espiritual forma parte de su esencia, pero también la preocupación por el mundo, la dimensión horizontal, es una dimensión constitutiva de su misión. Somos una Iglesia peregrina que avanza, en diálogo y respeto, en la promoción de un mundo mejor para el bien común de todos; un mundo más en resonancia con los valores que la fe nos ilumina.

En el prólogo del libro sobre la Doctrina Social Católica, hace una larga reflexión sobre la palabra «doctrina» precisamente para que no se interprete como algo ya definido, cerrado, decidido. Como dice: «La doctrina social de la Iglesia tiene como objetivo promover un verdadero acceso a las cuestiones sociales, no pretende levantar la bandera de la posesión de la verdad, ni en el análisis de los problemas ni en su resolución».

Es importante promover un diálogo respetuoso al tratar de aplicar un punto de vista ético-moral a cualquier cuestión social, y más aún en el clima político polarizado de nuestros días, en el que es habitual gritarse unos a otros y relegar la perspectiva del otro a los márgenes de lo que podríamos considerar un pensamiento racional.

Así pues, vemos aquí surgir dos líneas de pensamiento claras. La Iglesia tiene el deber, como parte esencial de su misión de llevar la buena nueva de Cristo al mundo, de ayudar a elevar la perspectiva moral sobre las grandes cuestiones sociales, políticas y económicas de la actualidad. La Iglesia no está fuera del mundo, sino dentro de él, con la esperanza de ser una levadura de transformación. Y, en segundo lugar, no ofrece un plan concreto, sino que proporciona principios éticos y morales que deben ser la base de lo que es un plan moralmente legítimo.

En primer lugar, analiza la realidad de los migrantes. Su breve observación subraya un importante eje en el que se basa su pensamiento social. Escribe:

«Ante escenarios aterradores y la posibilidad de una devastación global, es importante que crezca en el corazón de las personas el deseo de un futuro de paz y de respeto por la dignidad de todos. Ese futuro es esencial para el plan de Dios para la humanidad y el resto de la creación».

La dignidad humana es la piedra angular del pensamiento social católico, y es importante que lo mencione al principio. Precisamente porque somos creados por Dios, esta creencia influye en todo lo que entendemos sobre los seres humanos. El primer capítulo de la Biblia nos dice que Dios habló y dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Génesis 1:26). Esta cita subraya el hecho de que somos imagen y semejanza de Dios y, por lo tanto, tenemos una dignidad que nada más tiene. Cada persona es única, diferente de las demás, pero cada persona tiene la misma dignidad basada en esta verdad fundamental. Todo lo que oprime a los hombres y mujeres, todo lo que va en contra de su dignidad divinamente inculcada, es incorrecto y debe ser superado.





Zona El Palmo donde el Papa León XIV era Párroco

Esta idea básica forma parte de la identidad del Papa León, tal y como se refleja en su práctica pastoral en Perú. Ya he mencionado anteriormente que los años que pasé con él allí, en la misma casa, en las mismas

actividades apostólicas, me permitieron ver cómo este es un valor fundamental para él. Nuestra comunidad en Trujillo, Perú, se fundó en 1988. El entonces padre Roberto, junto con otros dos

agustinos, abrió allí nuestra casa del seminario para comenzar a formar agustinos peruanos. Tan pronto como se estableció la casa, la gente de ese sector de Trujillo le pidió que comenzara a celebrar la misa allí los domingos, porque la parroquia a la que pertenecían les quedaba lejos para ir andando. Nadie tenía carro. Cuando el padre Roberto pidió permiso al párroco de esa parroquia, este no solo accedió, sino que le dijo a Roberto que se hiciera cargo de toda la parte sur de la parroquia. Así que, en lugar de un sector, tenía cinco sectores a su cargo. La mayoría de ellos eran zonas muy pobres de Trujillo, en la periferia sur de la ciudad.

Los visitó a todos, les ayudó a celebrar las misas y se convirtió en su guía espiritual. Cuando se produjo el gran colapso económico de 1990 en Perú, coordinó la creación de comedores sociales en estas zonas más pobres, algunos de los cuales siguen funcionando hoy en día. La gente encontró en él a alguien cercano, alguien que trataba a los pobres con dignidad. Eso no era habitual en el Perú de aquellos años, pero ser tratado con dignidad cuando gran parte de la sociedad te menosprecia por ser pobre es una poderosa experiencia de gracia que eleva el espíritu humano y comienza a sanar las heridas causadas por el maltrato de los demás.

Un segundo ejemplo es la defensa de los derechos humanos. Durante los años 90, debido al terrorismo y a la respuesta del gobierno a esa crisis, seguida por el régimen autoritario que se instauró en la segunda mitad de la década, la defensa de los derechos humanos cobró importancia. Se hizo mucho en las organizaciones civiles y también en diversos grupos eclesiales. El padre Roberto, como párroco, encabezó la organización de nuestras dos parroquias en Trujillo, que habíamos asumido en 1992, para concienciar sobre la necesidad de respetar los derechos humanos. Participamos en marchas para reclamar la protección de los derechos humanos, nuestros seminaristas participaron en festivales de canto, escribiendo sus propias canciones sobre los derechos humanos, y fuimos los líderes en todo Perú en la recogida de miles de firmas en una campaña nacional con motivo del 50º aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas, que sirvió como protesta directa contra el régimen político autoritario.

Estos son solo algunos ejemplos breves de cómo la causa de la dignidad humana fue una parte esencial de su ministerio en Perú durante esos años.

También subrayó esta perspectiva en unas declaraciones ante el cuerpo diplomático apenas una semana después de su elección como Papa: «... nadie está exento de esforzarse por garantizar el respeto de la dignidad de cada persona, especialmente de las más frágiles y vulnerables, desde los no nacidos



hasta los ancianos, desde los enfermos hasta los desempleados, tanto ciudadanos como inmigrantes». Mi propia historia es la de un ciudadano, descendiente de inmigrantes, que a su vez decidió emigrar. Todos nosotros, a lo largo de nuestra vida, podemos encontrarnos sanos o enfermos, empleados o desempleados, viviendo en nuestra tierra natal o en un país extranjero, pero nuestra dignidad siempre permanece inalterable: es la dignidad de una criatura querida y amada por Dios».

La otra palabra es «paz». Si lo vieron cuando salió al balcón papal justo después de su elección, sus primeras palabras fueron una repetición de las primeras palabras de Jesús resucitado. El Papa León dijo:

«¡La paz esté con todos ustedes! ... Me gustaría que este saludo de paz resonara en sus corazones, en sus familias, entre todas las personas, dondequiera que estén, en todas las naciones y en todo el mundo. ¡La paz esté con ustedes!».

La palabra paz se entiende a menudo como la ausencia de balas y bombas. Cuando oímos hablar de conversaciones de paz para Ucrania, Gaza, Siria, etc., eso es lo que solemos pensar. Sin embargo, el Papa es agustino y se formó en la tradición de San Agustín. Agustín tiene un concepto mucho más amplio de la paz, que vincula la búsqueda de la paz con la de la justicia.

Como dice uno de los documentos de los obispos latinoamericanos: «La definición agustiniana de paz no es ni pasividad ni conformismo. No es algo que se adquiere de una vez por todas. Es el resultado de un esfuerzo continuo y de la adaptación a nuevas circunstancias, a nuevas exigencias y desafíos de una historia cambiante. La paz no se encuentra, se construye». Documento de Medellín



Para Agustín, la paz es la tranquilidad que se alcanza cuando las cosas son como Dios quiere que sean. Cuando se lleva adelante el plan y la visión de Dios para la humanidad, entonces somos pacificadores.

Como escribió Agustín: «¿Quieres la paz? ... Ama también la justicia, porque la justicia y la paz son dos amigos que se besan, y si no amas al amigo de la paz, la paz no te amará ni vendrá a ti».

El Papa León, en su primer discurso ante el cuerpo diplomático, dijo que hay tres palabras



clave para comprender la misión de la Iglesia en el mundo: paz, justicia y verdad. Afirmo que la paz no es la ausencia de algo, como las guerras y las balas. Es algo por lo que trabajamos y que

construimos. A continuación, vincula la paz y la justicia, tal y como hace Agustín. El Papa dice: «Trabajar por la paz requiere actuar con justicia... la Santa Sede no puede dejar de hacer oír su voz ante los numerosos desequilibrios e injusticias que conducen, entre otras cosas, a condiciones de trabajo indignas y a sociedades cada vez más fragmentadas y conflictivas. Se debe hacer todo lo posible por superar las desigualdades globales —entre la opulencia y la indigencia— que están creando profundas divisiones entre continentes, países e incluso dentro de las propias sociedades».

Por lo tanto, cuando el Papa habla de paz, debemos entenderlo en esa tradición agustiniana, que es mucho más desafiante y requiere mucho más compromiso. Esto se refleja especialmente en la crisis migratoria, que el Papa mencionó específicamente a los embajadores reunidos como uno de los «desafíos de nuestro tiempo».

Aunque muchos migrantes abandonan sus tierras natales debido a la guerra y la violencia, se dirigen a lugares que, en general, están libres de esas cosas, como Europa o Estados Unidos. Sin embargo, no están libres de injusticias, de los efectos de la trata de personas, de los desprecios y la marginación a los que a menudo se enfrentan. Por lo tanto, estamos lejos del ideal de paz.

Pasemos ahora al resto del documento sobre los migrantes.

Dos palabras parecen ser el hilo conductor que une todo el mensaje con la larga historia de más de un siglo de documentos sobre los migrantes. El tema del mensaje es «Los migrantes, misioneros de esperanza». La palabra «esperanza» es el telón de fondo de todo el Año Jubilar de la Iglesia. Cada 25 años, desde el primero declarado en el año 1300, la Iglesia celebra un año jubilar, recordando la práctica bíblica que se encuentra en la ley mosaica en el libro de Levítico de la Biblia, que pedía un año jubilar para «proclamar la libertad en toda la tierra a todos sus habitantes», restableciendo la justicia en la distribución de la tierra.

El profeta Isaías también habla de lo mismo: «El Señor me ha enviado a llevar buenas nuevas a los oprimidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a proclamar libertad a los cautivos y liberación a los prisioneros, a proclamar el año de la gracia del Señor». (Is 61,1-2)

Estas mismas palabras las utiliza Jesús en el evangelio de Lucas para anunciar su propia misión. La referencia al «Año de la Gracia» se refiere a esta tradición del año jubilar. Al proclamar este Año Jubilar de 2025, el Papa Francisco lo designó con el tema general: Peregrinos de la esperanza. Esparcir «semillas de esperanza», por usar una expresión que el Papa León menciona en su mensaje para la Jornada de Oración por la Creación, es el objetivo de este Jubileo; por lo tanto, tenemos el tema de Misioneros de la esperanza.

Las dos palabras que conforman la idea central de este documento son Esperanza y Misión.

El Papa comienza hablando de la «esperanza» que acompaña y, de hecho, motiva a todos los migrantes. Nadie abandona su hogar, su familia, su cultura y su sociedad si no tiene esperanza en un mañana mejor. Muchos se ven obligados a abandonar su patria debido a la guerra, la violencia, los desastres ecológicos, etc. Otros se van en busca de trabajo y mejores condiciones económicas. Todos se van porque esperan que el lugar al que se dirigen sea mejor. Por lo tanto, la «esperanza» es uno de los principales motivos que llevan a las personas a emigrar. Es bastante fácil de entender. Es por eso que tantos arriesgan tanto para llegar a nuestras costas y cruzar nuestras fronteras.

Esto no es nuevo, de hecho, forma parte de la experiencia migratoria, tan antigua como la propia humanidad. El Papa, en este documento, cita al pueblo de Israel en su travesía por el desierto hacia la tierra prometida como ejemplo de esta búsqueda, basada en la esperanza, que motiva a los migrantes actuales

Pero hay otro aspecto del mensaje del Papa que no es tan obvio. De hecho, es un llamamiento a la conversión, a un cambio de mentalidad. Los propios migrantes, dice, se convierten en mensajeros de esperanza en los lugares a los que se dirigen. Así, por un lado, vemos cómo la esperanza les motiva a seguir adelante en medio de terribles obstáculos. Como afirma: «En un mundo oscurecido por la guerra y la injusticia, incluso cuando todo parece perdido, los migrantes y los refugiados se erigen en mensajeros de esperanza. Su valentía y tenacidad son un testimonio heroico de una fe que ve más allá de lo que nuestros ojos pueden ver y les da la fuerza para desafiar a la muerte en las diversas rutas migratorias contemporáneas».

Así pues, vemos su valentía y tenacidad, vemos cómo la esperanza les impulsa a seguir adelante. Pero la clave está en la segunda parte de sus palabras: «Los inmigrantes y los refugiados pueden convertirse en misioneros de esperanza en los países que los acogen, forjando nuevos caminos de fe... Su presencia, entonces, debe ser reconocida y apreciada como una verdadera bendición divina, una oportunidad para abrirse a la gracia de Dios, que da nueva energía y esperanza a su Iglesia».

A continuación, cita la carta a los Hebreos de la Biblia: «No olvidéis la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles» (Heb 13, 2).

Así, nos sentimos bendecidos al acoger a los migrantes como misioneros de la esperanza. No solo somos los que damos esperanza, lo cual podemos ver y comprender fácilmente, sino que, además, los propios inmigrantes nos conmueven y nos bendicen; ellos nos dan la gracia de la esperanza. Esto nos lleva a un cambio en nuestra forma de pensar y de ver las cosas; vemos la crisis migratoria como una oportunidad para la gracia.

Cuán diferente sería nuestro discurso político actual si viéramos a los inmigrantes bajo esta perspectiva, como misioneros de esperanza para nosotros mismos. ¿Cómo cambiaríamos nosotros y cómo cambiaría el trato que la sociedad les da si, en lugar de las imágenes negativas sobre los migrantes que nos transmiten los medios de comunicación, comenzáramos a verlos, con fe, como mensajeros de esperanza?

También afirma que los migrantes son misioneros de esperanza porque ayudan a revitalizar las comunidades cristianas «donde la desertificación espiritual avanza a un ritmo alarmante». Además, pueden ayudar a iniciar «el diálogo interreligioso basado en la vida cotidiana y la búsqueda de valores

comunes». La mención aquí del diálogo con otras personas de diferentes religiones es importante. En el prólogo del libro sobre la doctrina social católica mencioné cómo subraya el valor del diálogo al analizar los falsos entendimientos de la palabra «doctrina».



parroquia y cómo implementar su plan pastoral.

El plan pastoral no era de arriba abajo, sino de abajo arriba. Era una visión basada en el diálogo y el respeto por la visión y la experiencia de los laicos que vivían allí. Era una visión pastoral que el Papa incorporó en nuestras parroquias de Trujillo con gran éxito, y qué edificante era ver a la gente asumir voluntariamente roles de liderazgo y sentirse verdaderamente parte de la Iglesia. Por lo tanto, es importante subrayar aquí el tema del diálogo, mientras tratamos de encontrar un camino a seguir en el actual entorno tóxico del discurso sobre la inmigración.

Esto nos lleva al segundo tema del documento sobre los migrantes: la misión. ¿Cuál es la misión de la Iglesia? ¿Cuál es nuestra misión a la luz de las exigentes demandas de la realidad migratoria? Esto nos lleva de vuelta a lo que el Papa escribió anteriormente sobre el papel de la Iglesia en las cuestiones sociales. Debemos proporcionar una brújula moral y ética para guiar a la sociedad. Nuestra fe nos lo exige. El Señor nos envía a transformar el mundo para que se parezca más a su reino. La proclamación del Reino es una parte central del ministerio de Jesús. Él proclama y hace presente el Reino de Dios.

San Pablo nos ofrece la única definición bíblica del reino cuando escribe: «El reino de Dios es justicia, paz y alegría en el Espíritu» (Rom 14,17). Por lo tanto, nuestra misión es ética, moral, y suele ir en contra del espíritu dominante de nuestro tiempo.

Nuestro criterio moral no proviene de nuestra agenda política, ni de nuestros miedos e inseguridades; no proviene de discursos políticos conmovedores ni de cálculos de poder. El Papa León tiene claro que la base de la brújula moral que nos guía en el mundo actual es la visión del reino de Dios, que nos mueve y nos impulsa hacia adelante. Si perdemos eso, nos convertimos en «del» mundo y dejamos de ser una iglesia «en» el mundo. Si no estamos «en» el mundo como levadura de transformación, dejamos de ser la Iglesia peregrina que se dirige hacia la visión del abrazo definitivo de Dios a la humanidad y se deja guiar por ella. Retroceder, dejarse guiar por algo distinto de esa visión definitiva de Dios, es una tentación de todos los tiempos, y nosotros no estamos exentos. De hecho, el Papa cita la corrección de San Pablo a una de sus comunidades para mostrar que es una tentación incluso de las primeras comunidades cristianas.

Esto también es un valor fundamental de la visión pastoral del Papa. Es otro ejemplo de lo que vi en Perú. Nuestras dos parroquias siguieron un plan pastoral utilizado en nuestra diócesis misionera de Chulucanas, en el norte de Perú, que promovía la sectorización de la parroquia y la creación de un equipo de laicos encargados de la presencia de la Iglesia en cada sector. Cada mes, el coordinador de cada sector o zona se reunía con el párroco para dialogar sobre las necesidades de la



Así, el Papa dice:
«Las comunidades que los
acogen [a los migrantes]
pueden ser también un
testimonio vivo de
esperanza, entendida como
la promesa de un presente y
un futuro en los que se
reconozca la dignidad de
todos como hijos de Dios».

«la búsqueda del bien común y la solidaridad global en beneficio de toda nuestra familia humana».

Ese es el reto. ¿Cómo podemos tener políticas que cumplan la promesa de reconocer la dignidad de todos? ¿Cómo podemos garantizar, en sus propias palabras: «la búsqueda del bien común y la solidaridad global en beneficio de toda nuestra familia humana»?

Como dice León, al concluir su declaración sobre los migrantes, nos esforzamos por construir «un mundo que se parezca cada vez más al Reino de Dios».

Así pues, en conclusión:

- 1) Vemos en el Papa León una continuación de la tradición de la Iglesia de examinar los signos de los tiempos con un lente moral, que ofrece al mundo la guía para avanzar hacia el plan de Dios para todos.
- 2) La dignidad humana y la paz serán los pilares fundamentales de esta perspectiva, entendiendo la dignidad humana en la tradición bíblica y la paz en la tradición agustiniana.
- 3) Los migrantes deben ser vistos como signos de bendición para nuestras comunidades. Son mensajeros de esperanza para todos nosotros.
- 4) Leo une la esperanza, la migración y la misión en un hilo conductor que debe desafiarlos a nosotros y a nuestra forma actual de ver a los migrantes. Así es como somos fielmente una iglesia «en el mundo», pero no «del mundo». Estamos en el mundo para ayudar a transformarlo en la realización del reino de Dios de justicia y paz, no según los criterios creados por el miedo y la intolerancia, que es la forma de pensar de muchos en el mundo.

Esa es nuestra esperanza, esa es nuestra misión.